

De las Armas y las Letras hablan Don Quijote y Fierro

En el frontis de una modesta casa que a la vera del camino estaba, vió D. Quijote el escudo o armas del Estado, que ahí se lucían en su habitual óvalo de metal enlozado con los colores y figuras que le son propios.

Exaltóse su imaginación visionaria y huído de la realidad circunstante, en voz campanuda dijo:

“Ahí veo campear las armas antiguas y nobilísimas, historiadas e impares, de un andante caballero que, sin duda alguna, es el castellano de esta fortaleza, o a lo menos, aquí se ha retirado por un tiempo en cumplimiento de una alta misión o de un voto.

Bien pudiera traducir su sentido heráldico, y así saber de qué región, de qué lengua, de qué genearca procede. Bien se me alcanza el valor de sus colores, el significado de sus cuarteles, la alta ocasión en que los ilustró e ilustró su nombre y su renombre, que, no hay duda, es famoso en estas tierras y en otras propincuas y longincuas...

“Escúcheme, señor don Quijote”, dijo Fierro. Esta no es fortaleza, ni esas son armas de caballero, ni vive aquí otra persona que la directora de esta escuelita, que no otra cosa es esta casa, y su maestra, una muchacha de mi flor.

“Eso que vuestra merced llama armas antiguas, es, por el contrario, el flamante escudo del Gobierno, hace poco cambiado, ya que el anterior estaba descascarado y abollado. En todas las cosas del Gobierno, vuestra merced verá esa marca; por cierto que yo la conocí en el Fuerte Grande, donde todas las tercerolas la tenían grabada.

Y no ha de pasar mucho tiempo sin que comiencen a llegar los niños que aquí se reúnen para aprender a leer y escribir.

“Si es o no fortaleza lo que mis ojos ven, hay mucho que decir, respondió Don Quijote; enemigos tengo que procuran cambiar, para turbarme, las realidades más notorias.

“Ya mudaron en fea y desagradable labradora a quien los

Cielos colmaron de hechizos y gracias, a la que por designio altísimo es la sin par y nunca bien ponderada reina de mis pensamientos. Y para mayor ludibrio, sólo a mí alcanzaba el cambio, trueque o encubrimiento, pues, Sancho mi escudero, veíala en todo su donaire y gallardía.

“Lo mismo digo del caballero y de las armas que lo distinguen. Quizá los encantadores que me persiguen, previendo que en un posible combate, yo había de quedar vencedor, dieron en trasmutar fortaleza por escuela, caballero por maestría, armas del mismo por símbolo gubernamental.

“No sé qué decir a todo eso, dijo Fierro, pues por estos pagos nunca hubo encantadores ni brujos. Y que esa es escuela lo sé muy bien, porque a ella acuden, entre muchos, los hijos de un compadre de mi amigo Cruz, a quien Dios tenga en la gloria.

“Y uno de esos muchachos ya lee y escribe como un doctor. Más de una vez en “La Estancia”, en reunión de mensuales, domadores y arrieros, nos hemos callado todos para escuchar la lectura de diarios en que se avisaban las levadas que hacía el gobierno o las noticias de alguna “desgracia” en un entrevero con la milicada.

“Y con esas lecturas nos entretiene y entusiasma, a tal punto, que él a más de su satisfacción por tener concurrencia tan atenta, muchas veces recibe, entre exclamaciones con que se lo aplaude, algunos cuartillos que, de juro, no son nunca muy abundantes.

“Por esa afición y ese agrado, dijo Don Quijote, échase de ver, cuál sea el valor del estudio y de las letras; ocupación tan noble y tan útil, que sólo tiene parangón con la de las armas que profeso; que si a unas les está confiado regir las mentes, a las otras, se ha de encomendar las vidas mismas, según aquello: *primum vivere*.

“En lecturas no conozco
La jota por ser redonda”

oí decir a un “moreno”, dijo Fierro. Y a mí me pasa lo mismo. Pero muchas veces me han leído en mis barbas cosas que me han hecho rumiar largamente.

Es cierto que hemos vivido mucho tiempo muy felices y contentos en nuestra ignorancia, pero quien sabe que curiosi-

dad se va entrando en cada uno, y a veces da ganas de saber leer.

Por eso los paisanos mandan sus hijos a las escuelas. Habrá que ver si con ese aprendizaje, ellos logran una vida mejor que la nuestra y la de nuestros padres. En la época de éstos y en la nuestra misma, era un placer vivir en estas tierras. La libertad de los campos, la abundancia de los bienes, la generosidad de los estancieros, la nobleza de las tareas camperas, las diversiones sencillas, pero muy de hombres, del gauchaje, no dejaban desear nada en esa vida serena, alegre y feliz, en que cada cual tenía la ocupación que le agradaba y no sentía deseos de cambios ni envidiaba nada.

Tropilla de un pelo, algunas vacas, algunas ovejas, la inmensidad de la pampa, un rancho, su mujer y sus hijos, dieron al gaucho los días de gloria que parece se hubieran ido para siempre.

Entonces no sabía leer, ni le hacía falta. El valor de su palabra era como los papeles de hoy. Era mejor, porque no fallaba nunca; ahora los papeles, suelen decir las cosas según quien las lee.

Por eso alguna vez he dicho, que:

Hay hombres que de su sencia
Tienen la cabeza llena;
Hay sabios de todas menas,
Más digo, sin ser muy ducho:
Es mejor que aprender mucho
El aprender cosas buenas.

Eso espera el paisanaje para sus hijos; por eso los manda a las escuelas. Y por cierto que en comparación con el oficio de las armas, éste de aprender letras, le es muy superior.

“Cepos quedos, dijo Don Quijote. Estéme vuestra merced atenta, y yo he de mostrarle y demostrarle la superioridad indiscutible que la profesión de las armas tiene sobre toda otra profesión.

“En todo momento de la historia, los capitanes y guerreros han dado a las sociedades, la tónica más alta de la hombría.

Los César, los Rolando, los Amadís y cien otros, en lo antiguo, y en lo moderno otros cien que no nombro porque bastaría nombrar uno solo, para saber que lo heroico y lo caballe-

resco ha renacido y va nuevamente por los caminos del mundo, en armas siempre, siempre alerta para acometer empresas, desafiar enemigos y hacer confesar al más bellaco gigante que no hay valor como el que se sustenta y crece en los pechos invulnerables de los andantes caballeros que son la síntesis, el ápice, compendio y sustracto de toda valentía”.

“De ahí se infiere, que la profesión de las armas...

Interrumpió Fierro:

“Las armas son necesarias
Pero nadie sabe cuando...”

según le he oído decir a un viejo de estos pagos, que tenía una serie de refranes y dichos ladinos.

“Yo me he visto en la necesidad de hacer uso de ellas, y créame vuestra merced que me duele el recordarlo.

“Por eso dije a mis hijos:

“El hombre no mate al hombre
Ni pelee por fantasía;
Tiene en la desgracia mía
Un espejo en que mirarse;
Saber el hombre guardarse
Es la gran sabiduría.

Si en vez de armas, yo hubiese tenido escuela, acaso la vida se me hubiera presentado en otra forma. Me ha sido necesario un largo y áspero camino para, a fuerza de golpes, aprender, ya viejo, lo que la conciencia y la honradez exigen.

“Estas cosas y otras muchas
Medité en mis soledades;

.....
.....
Es de la boca del viejo
De ande salen las verdades”.

Tú, lector, dice a esta altura el imparcial cronista, medita y decide, cuál de estos andantes se aproxima más a la luminosa verdad. El que por “fantasía” busca la solución de sus proble-

mas en el veredicto de las armas, o el que en su arcaica y dolorida filosofía aprendió y enseñó que:

“Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo,
Por experiencia lo afirmo:
Más que el sable y que la lanza
Suele servir la confianza
Que el hombre tiene en sí mismo”.